

Con Abderramán Yussufi

LA OPOSICION EN MARRUECOS

LA información que tienen, en general, los españoles acerca de la oposición marroquí apenas si rebasa el «affaire Ben Barka», que ayudó a divulgar la película «El atentado». Esta entrevista con Abderramán Yussufi pretende ampliar esta escasa noticia sobre la situación actual de la Unión de Fuerzas Populares. Yussufi reside en Ginebra, exiliado. Ha sido miembro de la Secretaría General de la Unión de Fuerzas Populares de Marruecos, abogado internacionalista, antiguo decano del Colegio de Abogados de Tánger, secretario general adjunto de la Unión de Abogados árabes, periodista y condenado a muerte en rebeldía en el proceso de «los 193 de Marrakech».

F. G.—Creo que quizá para situarnos sea preciso hacer un poco de historia. ¿Cómo se formaron los grupos políticos en el momento de la independencia marroquí?

A. Y.—La formación de los grupos políticos marroquíes en el momento de la independencia se explica por las condiciones dentro de las cuales se había desarrollado el movimiento de liberación nacional para poner fin al protectorado, por una parte, y la voluntad del poder en transformación de equilibrar este movimiento, por otra.

F. G.—¿Dos fuerzas opuestas?

A. Y.—Sí, el partido del Istiqlal, que había llevado la lucha política por la independencia desde enero de mil novecientos cuarenta y cuatro (fecha de su creación) hasta diciembre de mil novecientos cincuenta y dos (fecha de su disolución y represión), resurgió a fines de mil novecientos cincuenta y cinco como partido dominante, porque la mayor parte de sus cuadros dirigentes y sus militantes de base habían formado y animado los movimientos de resistencia y el ejército de liberación en el interior, y organizado la información y la solidaridad árabe e internacional en el exterior. Además, la organización sindical Unión Marroquí de Trabajo, nacida dentro de la clandestinidad el veinte de marzo de mil novecientos cincuenta y cinco, y el movimiento joven estudiantil eran animados particularmente por elementos declarados del Istiqlal.

F. G.—En principio parece ser que todo partió del Istiqlal como movimiento nacionalista. ¿Cómo se intentó contrapesar este movimiento?

A. Y.—El Partido Democrático de la Independencia (secretario general: Hassan Ouazzani), que se había

desacreditado a raíz de la operación glaoul, teledirigida por las autoridades residenciales francesas, en mil novecientos cincuenta y uno, así como el grupo llamado Independiente Liberal (Mouline, Guedira), fueron espectacularmente impulsados y sobrevalorados, con una puesta en escena hábilmente medida por la operación Aix-Les-Bains.

Fernando González

En efecto, la filosofía de las entrevistas de Aix-Les-Bains imaginadas por el Gobierno francés consistía en «ahogar» al único interlocutor válido, es decir, la emanación del movimiento de liberación nacional, dentro de un haz de tendencias representadas no sola-

mente por los partidos políticos aquí mencionados, sino también por individualidades que no representaban más que a sí mismas. Desde entonces, esta metodología será la base de la estrategia política a desarrollar por el palacio.

F. G.—Esta actitud ambigua del Gobierno francés, lógicamente habría de crear una postura en el Gobierno español. ¿Fue unánime la posición de ambos países en relación con la independencia?

A. Y.—Francia había, por así decirlo, participado en el montaje del sistema y, por tanto, no podía dejar de entrar en el juego. En cuanto a España, se había granjeado un capital de simpatía apreciable, no solamente entre las filas del movimiento de liberación nacional, sino también en el conjunto del pueblo marroquí, por no haberse solidarizado con el golpe de fuerza del



Abderramán Yussufi, uno de los «193 de Marrakech».

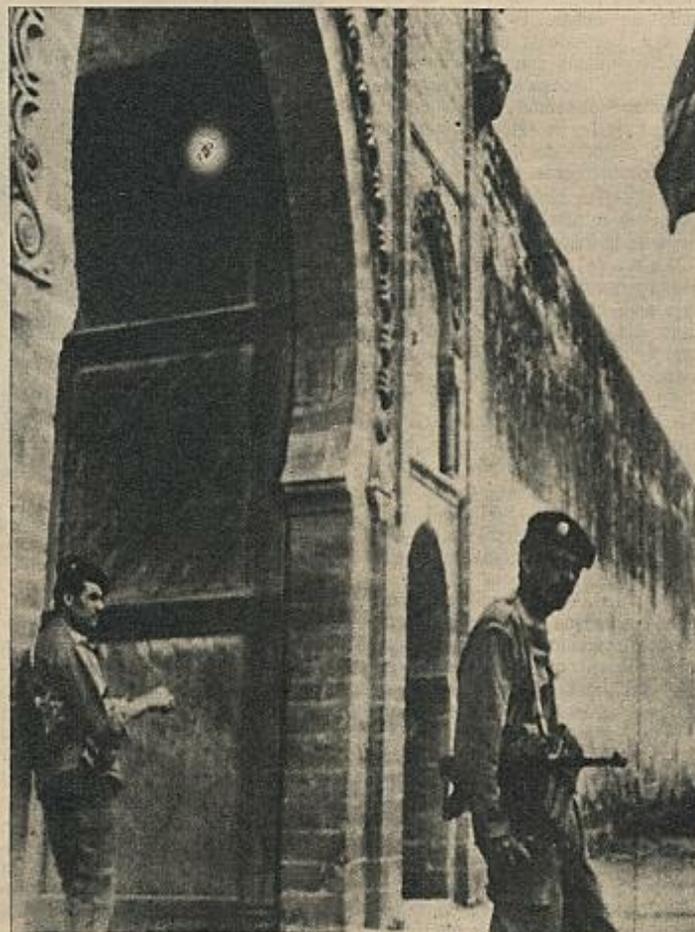
veinte de agosto de mil novecientos cincuenta y tres y haber adoptado una actitud de neutralidad benevolente hacia los resistentes, combatientes y patriotas marroquíes. El Jefe del Estado español concedió incluso una audiencia a M. Allal Fassi, en el transcurso de la cual el líder del Istiqlal, que era también el portavoz del movimiento de liberación nacional, expuso la situación y las perspectivas del momento.

F. G.—¿Cómo explica la desconexión posterior de España frente a las tendencias del movimiento de liberación nacional?

A. Y.—A mí me parece que la atención de los dirigentes españoles se polarizó más en la persona de Mohamed V, de parte de la cual ellos esperaban una política que tuviese en cuenta los acontecimientos vividos. Además, creo que en el momento del proceso de liberación de Marruecos, en que éste se aceleraba a finales de mil novecientos cincuenta y cinco, las autoridades españolas malamente ocultaban sus inquietudes y reticencias, lo que explica que las relaciones hispano-marroquíes hayan tenido un mal arranque desde la independencia, cuando debería haber sido todo lo contrario.

F. G.—¿Cómo evolucionaron los partidos políticos ya en el reinado de Hassan II?

A. Y.—Podemos decir de una manera general que los partidos políticos del reinado de Hassan II han sido sometidos a la prueba de la verdad. Algunos de entre ellos que representaban realmente a sectores de la sociedad marroquí han resistido incluso el desgaste de la oposición y a las pruebas de la represión. Por el contrario, las formaciones incrustadas artificialmente se desintegran y desaparecen incluso cuando se estaban beneficiando de la bendición y la solicitud del poder. Creo asegurar que el principal fracaso político de Hassan II es el de no haber podido extirpar de la sociedad marroquí estas fuerzas políticas auténticas y de no haber conseguido crear un partido oficial: los fracasos del Movimiento Popular (Ahardane, Khatib), del Frente de Defensa de las Instituciones Constitucionales



Soldados marroquíes montan guardia ante el palacio real de Rabat después del atentado sufrido por Hassan en agosto de 1972.

LA OPOSICION EN MARRUECOS

nales (Guedira, Ahardane, Ouazani), del partido socialista (Guedira-príncipe Loulay Ali, Laghzaoui) y las gestiones actuales para crear un «partido de la nación» son las ilustraciones elocuentes de ese fenómeno.

F. G.—Es indudable que la «izquierda» en Marruecos no ha podido formar parte de la política oficial; sin embargo, los partidos políticos marroquíes, tradicionalmente de izquierdas, han sobrevivido en la clandestinidad. ¿Cómo explicaría usted la izquierda marroquí?

A. Y.—Eso que se llama la «Gauche» marroquí es, en realidad, la expresión organizada de las diferentes fuerzas populares marroquíes que aspiran a su desarrollo económico, social y cultural en el marco de un Estado libre, democratizado, fundado en una justicia social. Es esta la «Gauche» que constituyó lo esencial del Movimiento de Liberación Nacional frente a la dominación colonial y feudal.

F. G.—¿Feudal?

A. Y.—Es el desarrollo de una nueva clase de explotadores marroquíes después de la independencia y la proliferación de una clientela que acapara las riquezas y los recursos del país, como contrapartida de su apoyo al régimen, lo que hace que «la izquierda marroquí» sea de hecho la continuación del movimiento de liberación nacional, en donde las conquistas han sido confiscadas o pervertidas.

F. G.—En cierta forma, ¿debemos pensar que no ha habido una independencia plena en Marruecos?

A. Y.—En los tres primeros años de la independencia, pareció que para una parte de la clase política marroquí, la independencia no era más que la «marroquización del protectorado»; para ellos, en manera alguna había que remodelar las estructuras arcaicas y coloniales para edificar un Estado democrático moderno, capaz de drenar el entusiasmo constructivo popular, y que tampoco se trataba de proceder a reformas de estructuras esenciales en materia de agricultura, de desarrollo industrial y de enseñanza dentro de las perspectivas de una justicia social. Fue con la base de este acta con la que se efectuó en mil novecientos cincuenta y nueve la escisión del partido del Istiqlal y la constitución de la Unión Nacional de las Fuerzas Populares, que agrupa a los campesinos, obreros, empleados, intelectuales, comerciantes, artesanos y estudiantes.

F. G.—Parece obligado, al hablar de la Unión Nacional de Fuerzas Populares, la mención del Mehdi Ben Barka; le ruego que precise una opinión sobre su figura.

A. Y.—Ben Barka fue indiscutiblemente el arquitecto de la Unión Nacional de Fuerzas Populares. Dejando aparte sus cualidades intelectuales y humanas, personificaba el modelo del ciudadano marroquí moderno, al cual aspiran nuestras generaciones venideras; es decir, un hombre consciente de sus derechos y sus deberes, preparado para adquirir los unos y cumplir los

otros. Procedente de las capas más humildes de la sociedad, amante de las tradiciones comunitarias y enemigo de anacronismos y obscurantismos, Ben Barka supo imponerse al «establishment» y mantuvo siempre una clara postura de desafío al absolutismo y al cretinismo.

F. G.—Antes hemos hablado de feudalismo y ahora menciona usted anacronismos y absolutismo. Creo entender que Marruecos tiene una historia rica en tradiciones comunitarias. ¿Cómo surge este neofeudalismo en su país?

A. Y.—Contrariamente a lo que se podría pensar, el sistema feudal no es una institución marroquí establecida desde siglos. Los historiadores son unánimes en reconocer que las masas marroquíes, incluso dentro de sus propios cuadros tribales, han estado a lo largo de los siglos vinculadas a instituciones plenas de espíritu democrático y comunitario. El fenómeno de la Siba, de su desidencia, encuentra su explicación, en gran parte, en la negativa de las tribus (o confederación de tribus) a someterse al poder central o de sus agentes. Solamente a principios del siglo actual, y al amparo de medios apropiados, es cuando algunos señores feudales establecieron sus dominios sobre la población del Sur de Marruecos. Por paradójico que pueda parecer, hay que admitir que los representantes de la República Francesa favorecieron la consolidación y perpetuación de este estado de cosas. El ejemplo del Glaoui, tristemente célebre, es lo suficientemente conocido como para que sea necesario explicarlo. En resumen: podemos decir que la «vía feudal» ha sido alimentada como método de gobierno durante el protectorado.

F. G.—¿Por qué este sistema se perpetuó en una cierta medida después de la independencia?

A. Y.—Ya contesté a esta pregunta anteriormente, cuando le dije que para ciertos dirigentes marroquíes «la independencia no era más que la marroquización del protectorado».

F. G.—Volviendo a la Unión Nacional de Fuerzas Populares, ¿cómo resumiría su historia, breve, aunque al parecer jalonada de actos represivos?

A. Y.—La historia de la Unión Nacional de Fuerzas Populares se confunde, desde su nacimiento en mil novecientos cincuenta y nueve, hasta nuestros días, con una cascada de procesos políticos y campañas de represión, que no siempre desembocan con el procesamiento de los militantes arrestados, ya que algunos han sido raptados o se consideran desaparecidos. Sería molesto hacer un resumen u ofrecer las estadísticas precisas. Contentémonos con decir que después de la serie «complots contra Su Alteza Real el príncipe heredero Moulay Hassan» y de la de «complots contra Su Majestad Hassan II», una nueva serie va a comenzar: la de «complots contra Su Alteza Real el príncipe heredero Sidi Mohamed».

F. G.—Bajo el punto de vista legal, ¿qué explicación se da a estos actos represivos?

A. Y.—No solamente el código de procedimiento penal está arreglado para tolerar la vigilancia ilimitada, sino que el código militar permite actualmente el proceso «de flagrante delito», que suprime toda instrucción y supone un grave atentado a los derechos de la defensa. Todo ese dispositivo permite, naturalmente, la utilización de la tortura, no sólo como método de interrogatorio, sino también como castigo corporal, arreglo de cuentas y me-

rigentes de la oposición en el exilio?

A. Y.—No hay oposición marroquí en el exilio. Si hay miembros de la oposición marroquíes en el exilio voluntario o forzoso. La oposición, como tal, con la mayoría de sus militantes y dirigentes, se encuentra en el interior del país, dentro o fuera de las cárceles. Por esto, las relaciones exteriores de la Unión Nacional de Fuerzas Populares con las organizaciones políticas árabes, son de la misma naturaleza que las que existen entre los diferentes partidos políticos del



«Personalmente, habría deseado que Ufkir hubiese tenido ocasión de explicarse con ocasión de los dos procesos: el de París y el de Kenitra». (En la foto, el general Ufkir, muerto trágicamente tras el fallido atentado contra Hassan II.)

dio de aterrorizar al resto de la población. Lo más extraordinario en todo esto es que se llegó a absolver a alguno de los acusados, en una jurisdicción tan domesticada como ésta. A estos absueltos se les rapta de la prisión antes de su liberación, como ha sucedido el treinta de agosto de mil novecientos setenta y tres. Lo más inquietante de esta historia es que circula el rumor alarmante sobre la suerte de los jueces que han pronunciado estas sentencias absolutorias.

F. G.—¿Cómo afectan estas medidas represivas a los cuadros di-

rectivos de la oposición en el mundo. Lo mismo sucede con los países no árabes. Por razones prácticas, los miembros de la Unión Nacional de Fuerzas Populares en el exterior son los encargados de las relaciones públicas, asistencias a congresos, conferencias, etcétera.

F. G.—Según esto, la situación de una oposición reprimida en el interior del país presenta serias dudas sobre su futura expansión. ¿Cómo imagina usted el futuro de la Unión Nacional de Fuerzas Populares?

A. Y.—Es difícil de imaginar para la Unión Nacional de Fuerzas Populares un futuro más sombrío que

las pruebas que ha soportado y soporta en el momento presente. Nuestro movimiento tiene sólo una oportunidad de resolver los graves problemas que plantea el futuro de Marruecos. En el proceso a que hemos sometido al actual régimen marroquí, hemos podido comprobar, fundadamente, que algunos elementos que nos reprimían, elementos del propio régimen, compartían en cierta forma nuestra manera de pensar, e incluso han intentado por dos veces pasar a la acción al propio régimen.

«Somos perfectamente conscientes de las dificultades que bloquean todavía toda posibilidad de solución pacífica y política de la crisis. Pero vamos a perseverar en la confianza firme en nuestros conciudadanos, en la determinación de nuestros militantes y en el apoyo y la simpatía de los demócratas en el mundo.

F. G.—Me imagino que uno de los puntales firmes de apoyo será el aliento de otros países árabes en otra línea de democracia, pero, ¿qué relación mantiene el Rey Hassan II con los demás países árabes?

A. Y.—Revisando las relaciones de Hassan II con los países del Norte de África, contestaremos tres cosas, que deducimos a lo largo de su reinado.

«Primero. Las relaciones con cada uno de estos países no han sido siempre buenas, pasaron por lo menos una vez por una crisis más o menos grave.

«Segundo. El ballet de las visitas oficiales y el refrán de los comunicados conjuntos, dejan suponer que trabajan para la unificación del Magreb, o, por lo menos, eso parece.

«Tercero. De hecho, el balance es muy escueto si tenemos en cuenta la potenciabilidad y las posibilidades reales.

F. G.—Algunos consideran a España como un país norteafricano vergonzante; lo cierto es que la vecindad crea ejemplos, tensiones, intereses. ¿En qué manera puede haber afectado la política y el Régimen español a la actual situación marroquí?

A. Y.—He conocido personalmente al fallecido general Muñoz Grandes, que me explicó una noche que la buena política para un Estado moderno ya no consistía en desear la inestabilidad o favorecer la degradación en el país vecino, sino que, al contrario, debería consistir en obrar o desear que el país vecino vaya adelante, porque la enfermedad política y la pobreza es contagiosa. No sé si todos los miembros del Gobierno español comparten la opinión del general Muñoz Grandes, pero sí puedo decir que la prolongación indefinida de un contencioso con España, que el poder marroquí conserva hábilmente en la nevera, permite que dicho poder se sirva periódicamente de la vieja rencilla para desviar la atención de los problemas internos. Es inaceptable el pensar que en el último cuarto del siglo veinte no se

puedan resolver definitivamente las secuelas de la aventura colonial.

F. G.—¿Cuál es la posición de Marruecos en el mundo africano no árabe?

A. Y.—Marruecos, por su situación geopolítica, sus lazos culturales, su antigüedad como Estado independiente, sus organizaciones políticas y sindicales, tenía todas las posibilidades de jugar un gran papel en el continente africano. Hay que subrayar el papel jugado por la Unión Marroquí del Trabajo en la constitución de la Panafricana Sindical y el de la Unión Nacional de Fuerzas Populares en la acción de la organización de solidaridad de los pueblos de África y Asia.

F. G.—¿Cuál ha sido la reacción de la Unión Nacional de Fuerzas Populares ante los atentados al Rey Hassan II?

A. Y.—Cuando tuvo lugar el golpe de Estado de Skhirat con todo el despliegue dramático ya conocido, en junio de mil novecientos setenta y uno, el Tribunal Criminal de Marrakech juzgó a ciento noventa y tres dirigentes y militantes de la Unión Nacional de Fuerzas Populares acusados de subversión, atentados, etcétera, presentándose como pruebas viejas armas oxidadas, desenterradas para esa circunstancia. Cuando se realizó el segundo atentado, el del «Boeing», hemos esperado con calma las consecuencias. Efectivamente, el mismo día de la ejecución de los oficiales condenados a muerte, dos de nuestros dirigentes, el letrado Ben Djelloun y Lyazghi, también abogado, recibieron cartas explosivas. El primero escapó por milagro; en cuanto al segundo, murió.

F. G.—La pregunta es inevitable al mencionar los atentados. ¿Qué relación pudo haber existido entre el general Ufkir y la oposición?

A. Y.—Debo entender que usted me pregunta si Ufkir era el enemigo de la oposición, como hace suponer el «affaire Ben Barka» o su aliado, como lo pretendieron al día siguiente de su muerte trágica. Personalmente, habría deseado que Ufkir hubiese tenido la oportunidad de explicarse con ocasión de los dos procesos, el de París y el de Kenitra.

F. G.—Quedará la incógnita, para algunos sin respuesta. Lo que sí es cierto es que el general Ufkir controló, en un momento determinado, el poder, y, por supuesto, el Ejército, al cual manejó a su antojo en el atentado del «Boeing». Este Ejército marroquí al cual no supongo politizado, ¿no podría en un momento determinado cambiar una situación, dando una solución digamos que «a la portuguesa»?

A. Y.—Es difícil hacer un balance sobre el Ejército marroquí en el momento presente. Traumatizado, reprimido, disminuido, vigilado, reconciliado consigo mismo y con el pueblo marroquí, angustiado por sus responsabilidades, maduro, tensionado. Todo eso a la vez es el Ejército marroquí. Lo que puedo decir como opinión es: el puesto y el



Yussufi: «La oposición como tal, con la mayoría de sus militantes, se encuentra dentro del país. No hay oposición marroquí en el exilio».

peso del Ejército dentro de la sociedad política marroquí ha cambiado; que la solución política dentro de nuestro país exige una solución; que, a falta de ella, nuestro pobre país está abocado a nuevos ensayos civiles o militares, o a las dos a la vez. En todo caso, si hay un golpe será «a la marroquí».

F. G.—¿Qué posibilidades reales tiene de constitución la Federación de países árabes?

A. Y.—La Federación de países árabes es un objetivo al que las masas árabes aspiran con sinceridad. Su realización está condicionada al desarrollo global y racional de estos países en la época de las grandes uniones. No obstante, frente a estos factores objetivos favorables a una aceleración del proceso federativo, hay otros fenómenos que actúan en sentido contrario. Los actos de los Estados tienden a congelar y mantener la división consolidada. Sobre todo las invocaciones múltiples a la soberanía hechas por los equipos dirigentes, que aunque no estén separados por ideologías diferentes, son más celosos de sus respectivos «status quos» que de los beneficios que obtendrían la masa y los países árabes con la supranacionalidad. Hablan siempre y hacen temer un trastorno dramático. De hecho, no conozco ninguna estrategia positiva realizada para conseguir esta liberación del pueblo árabe, aunque se habla mucho de la Federación.

F. G.—Esta Federación árabe supondría, indudablemente, la aparición de una fuerza económico-cultural de gran peso en el mundo actual, posiblemente a algunos países les pudiera resultar molesta dicha asociación. Quizá por ello cizañean entre los diferentes movimientos dentro del mundo árabe. Esto puede explicar las diferentes posturas dentro del mundo islámico con respecto a los palestinos. ¿Cuál es la postura de la oposición marroquí con el pueblo palestino?

A. Y.—Frente al problema palestino, la oposición marroquí adopta una posición fundada en el dere-

cho internacional establecido por la comunidad internacional, es decir, el derecho de dicho pueblo a la autodeterminación. ¿Cómo llegar a la puesta en marcha de esos derechos? Sin volver sobre las etapas dramáticas del problema palestino, ni sobre la responsabilidad de unos y otros, pensamos que la resolución trescientos treinta y ocho del Consejo de Seguridad, «convocando las partes interesadas» a participar en la Conferencia de Ginebra, resolvería la posibilidad de enfrentar a palestinos e israelíes alrededor de un tapete verde. Es a ellos a los únicos que corresponde el derecho de discutir y decidir el porvenir y destino de Palestina.

F. G.—Su respuesta contesta ampliamente mi siguiente pregunta sobre los israelíes, pero creo entender que existe en la actualidad un problema, velado pero no menos angustioso, con la comunidad judía en Marruecos. Son aproximadamente unos sesenta mil que se encuentran disminuidos en sus derechos, y a los que incluso se les imposibilita, en algunos casos, la salida del país. ¿Qué puede usted decirme sobre esto?

A. Y.—Los judíos y los musulmanes que dependen del Estado marroquí, son de nacionalidad marroquí. Los otros tienen el estatuto de extranjeros. No quiero anredarme en demostraciones hablando del Marruecos antiguo, de la Inquisición, de Mohamed V en la época de Pétain, del doctor Ben Zaquen, ministro del PTT, ni tampoco a contestar a objeciones tales como el Mellah, el vocabulario peyorativo, las exacciones, etcétera; creo que el planteamiento hay que hacerlo en el sentido de si como minoría gozan de un estatuto legal, si ejercen sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales, conforme a la disposición de la Declaración Universal de Derechos del Hombre. Exponiendo estos criterios objetivos, uno no puede dejar de preguntarse si esos derechos son respetados para el conjunto de marroquíes judíos y musulmanes. La respuesta, naturalmente, es negativa. Pero preguntamos: ¿En el cuadro de esta miseria, qué son los derechos reconocidos a los marroquíes? ¿Si no hay discriminación entre las dos comunidades por parte de las autoridades y de los individuos? Pienso sinceramente que en situaciones sociales iguales, las cosas se equilibran, y que el problema corresponde entero al conjunto de la sociedad marroquí, y que judíos y musulmanes deben resolver el problema tirando juntos del mismo carro.

F. G.—¿Con toda esta serie de discriminaciones y olvidos, no se habrá menospreciado también el papel de la mujer marroquí en el nuevo Marruecos?

A. Y.—El problema de la mujer marroquí (judía o musulmana) recuerda, en uno de sus aspectos, el tema tratado anteriormente. En efecto, no solamente interesa que los derechos reconocidos a la mu-

LA OPOSICION EN MARRUECOS

jer en la hora presente, por la legislación nacional y las convenciones internacionales, sean respetados, sino que la sociedad marroquí sea reformada en su conjunto para beneficio de las mujeres y hombres de este país. Cuando más del setenta por ciento de la población tiene menos de treinta años, quiere decir que lo esencial de los problemas se plantean a nivel de los jóvenes.

F. G.—¿Qué sitio ocupa la mujer dentro de esa juventud?

A. Y.—De dieciséis mil noventa y siete estudiantes, dos mil seiscientos setenta y cuatro son mujeres. Todas las mujeres disfrutan en Marruecos del derecho al voto, y son ellas la esencia de las votaciones cuando hay referéndum, orientadas, claro. Pero la mujer marroquí no tiene el monopolio del conservadurismo, como lo ha demostrado una reciente confrontación electoral europea, donde lo que se jugaba era de importancia. Nosotros, en la Unión Nacional de Fuerzas Populares, estamos convencidos que será necesario desarrollar particularmente esfuerzos con las mujeres y la juventud, para poder aportar a la batalla de la renovación tropas frescas y decididas.

F. G.—Sin embargo, gran parte de esta juventud está fuera de Marruecos, en una emigración cuyas causas económicas todos conocemos. ¿Cómo ve la Unión Nacional de Fuerzas Populares el problema de la emigración?

A. Y.—Decididamente, los Gobiernos totalitarios tienen mucha suerte. La emigración de su clase obrera, no solamente resuelve de una manera apreciable el problema del paro obrero y de la inestabilidad social, sino que cubre también los déficits de sus balanzas de pagos, gracias a las divisas aportadas por los trabajadores emigrantes desde el país de importación.

F. G.—Algunos, quizá con exceso de negligencia, califican al Islam de religión absorbente, que ha impedido el avance de determinados países árabes. Concretamente en Marruecos, la acusación se materializa al ser musulmana la mayoría de la población. ¿En qué medida estima que el Islam ha retrasado el desarrollo marroquí? ¿No será un tópico cómodo en el que alberga responsabilidades sin atribuir?

A. Y.—No creo que el Islam sea responsable o la causa esencial de la situación estacionaria en la que se encuentran determinados países árabes. Es más bien el uso que se ha hecho de él. El Islam puede ser también la palanca motriz, si el sistema de educación pudiese o quisiese poner en relieve ciertos resortes revolucionarios de esta religión: sentido de la responsabilidad, igualdad, de la solidaridad, de la democracia, de la comunidad, de la participación, importancia del saber, del deporte, de la formación profunda, de la instrucción obliga-

toria para chicas y chicos, del patrimonio común, etcétera. ¿España no es la demostración de lo que ha podido ser la civilización musulmana antes de entrar en hibernación?

F. G.—En verdad así lo creo, pero esa hibernación tendrá unas causas históricas que quizá sobrepasen el marco de nuestra charla. De entre ellas una, la situación cultural, es evidente. ¿Cuál es la situación cultural marroquí?

A. Y.—El problema cultural es uno de los más graves de los que tenemos que afrontar. El fracaso del dominio materializado de las masas, el fracaso del Marruecos independiente. La primera reivindicación de nuestros compatriotas era la de ver a sus hijos dotados de una formación cultural y un oficio. La lucha nacional contra el protectorado se hizo particularmente bajo el signo de la difusión de la enseñanza. Nuestras masas estaban dispuestas a toda clase de sacrificios, mientras que la contrapartida fuese la instrucción de sus hijos. No se ha podido arreglar hasta ahora ni el problema del bilingüismo, ni el de la formación de maestros, ni el de la alfabetización. Después de dieciocho años de independencia, Marruecos sigue reclutando la mitad de los educadores en Francia. Hasta mil novecientos setenta y uno incluso, los profesores de Educación Física eran cedidos por Francia. Los rigores de la censura y el clima general del país no favorecen la creación artística. Es significativo que en el plano teatral y cinematográfico, la Organización Sindical Estudiantil, la más representativa: la Unión Nacional de Estudiantes marroquíes, haya sido disuelta. Las facultades y ciertas escuelas superiores son cerradas con frecuencia. Recordemos que la más grave explosión popular que ensangrentó Casablanca en marzo de mil novecientos sesenta y cinco, estaba promovida por estudiantes de Bachillerato, a la que se sumaron sus padres, los parados y los descontentos...

F. G.—Me gustaría que resumiésemos la conversación con una opinión sobre el sistema marroquí, aunque todo lo hablado da motivos suficientes de meditación.

A. Y.—Sin hablar en términos absolutos, quería, para contestar a esta pregunta, recordar brevemente el análisis hecho por un sociólogo americano del sistema marroquí. Según este observador, el Régimen, para dar juego a la orientación política de la oposición, no ha tenido más que recurrir a su programa político de domesticar al ejército por un lado y el aparato civil por otro, sumergiéndolos en una red de intereses. El proceso de los ministros y directores generales que ha tenido lugar después de Skhirat ha sido la sanción pública a este estado de cosas.

F. G.—Confiemos que pronto podamos hablar más esperanzados de unas positivas realizaciones marroquíes. Como español, estoy obligado a desear lo mejor al pueblo marroquí. ■ F. G.

La Capilla siXtina

MENELAO

¿Recuerdan a Menelao? Mi amigo el profesor griego, de profesión sus exilios y algunos conocimientos sobre literatura griega, me escribe desde Atenas. Hace un año aproximadamente envió un largo artículo a TRIUNFO, en el que profetizaba que nunca volvería a Atenas, que su vieja ciudad pertenecía a los coroneles, usurpadores de la geografía. Me escribe ahora una carta patética.

"Después de treinta años de lucha contra el fascismo, descubro que mi objetivo vital era exclusivo. Ahora tengo unas ganas enormes de morir, pero no de una manera dramática, sino con una auténtica voluntad de morir, tal como sueña. Y es fácil de explicar. Ahora, todo cuadra: he derribado el fascismo. Pero tú, imaginarte, Sixto, que el fascismo revive dentro de una temporada y volvemos a empezar. No quiero vivir para verlo".

Yo tenía ganas de irme a Grecia, porque me ha entrado el morbo de visitar aquellos países donde estrenan libertad. Allí, la gente es hermosa, como si hubiera sido de pronto embellecida por dentro y por fuera. Pero no ando bien de dinero, y Encarna se ha ido a Agadir con un poeta concreto, de esos que crujen al andar. Viajar solo me da pereza. Acepto, pues, este verano, una vez más, la amable invitación del matrimonio Paniker en País. Por aquella casa pasan gentes notables y unos excelentes pescados al horno; con los anfitriones se puede hablar tanto de Grecia, que es como si uno estuviera allí. En una semana veo a Rubert de Ventós, recuperándose de las heridas recibidas en las oposiciones a las que se presentó recientemente; a Sáenz de Buruaga, el territorialista citado por Payne en su libro sobre el País Vasco; a Trini Sánchez Pacheco, tonadillera frustrada,

conservadora de museos y dirigente de mujeres adjetivadas; a Laura Tremosa, ingeniero y especialista en Asambleas; a Vázquez Montalbán, tan insoportablemente distante como siempre; a Ana Sallés, historiadora de las que reivindican la necesidad de ligar la reivindicación nacional con la lucha de clases; a Juan Ignacio Sarda, abogado que últimamente ha defendido a los supervivientes de la caída de Puig Antich... Un amplio etcétera oculta la diversidad de las gentes que desfilan por chez Paniker. No voy a revelar totalmente los temas de conversación, y mucho menos este verano, pero sí diré que les he leído la carta que me ha enviado Menelao el Aeropagita. Todos mis interlocutores son antifascistas a carta cabal, y me han asegurado que entienden muy bien la posición de Menelao.

—A este don Menelao —dice la Sánchez Pacheco— le pasa lo que a la vecinita de enfrente en la canción de Conchita Piquer.

Paniker opina que el "elan" vital y el histórico, rara vez coinciden, y que afortunados los que pueden hacerlos coincidir.

—Así, ¿qué le contesto yo a Menelao?

—Que se muera.

Me dicen muy serios, graves, tristes y al mismo tiempo gozosos por hacer feliz al eterno exiliado. Sólo Vázquez Montalbán lo ha dicho con una cierta agresividad. Yo sospecho que es una simple cuestión de envidia, y así se lo digo:

—Tú envidias a Menelao su fortuna vital e histórica.

—A mí no me lies. Yo estoy de paso. Me quedan unos treinta y cinco años de vida.

—¿Tú, en la situación de Menelao, qué harías?

—Me pondría morado de democracia, de cordero a la salvia y de vino con resina. ■

SIXTO CAMARA